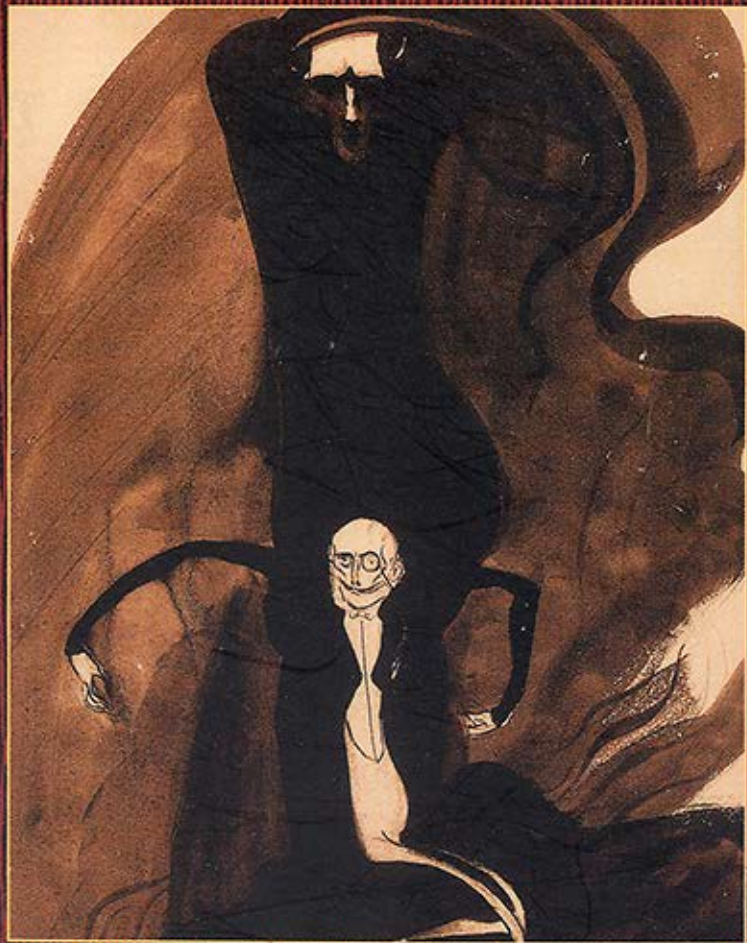


Max STIRNER  
*El único y su propiedad*

*Edición de José Rafael Hernández Arias*



valdemar / letras clásicas

Max STIRNER

EL ÚNICO Y SU PROPIEDAD

Prólogo, traducción y notas de  
JOSÉ RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS



sivamente. Así se afirma la posibilidad de actuar sobre el espíritu, la así llamada «influencia moral».

Salta a la vista que el mongolismo representa la negación completa de los sentidos, el reino de la asensualidad y de la contranaturalidad; y que el pecado y la conciencia del pecado fue nuestra plaga mongólica durante miles de años.

Pero ¿quién disolverá el espíritu en su *nada*? Quien mediante el espíritu representó la naturaleza como lo fútil, lo finito y lo transitorio, sólo él puede reducir también el espíritu a la misma futilidad: Yo puedo hacerlo, cada uno de vosotros que impera y crea como un yo ilimitado, él puede hacerlo, en una palabra... el *egoísta*.

Ante lo sagrado se pierde todo sentimiento de poder y todo valor, uno se comporta frente a ello como *impotente y humillado*. Y, sin embargo, ninguna cosa es sagrada por sí misma, sino por mi *canonización*, por mi sentencia, mi juicio, mi genuflexión, en suma, por mi... conciencia.

Sagrado es todo aquello que al egoísta le debe resultar inaccesible, intocable, fuera de su *poder*, esto es, sobre *él*; en pocas palabras, sagrado es todo caso de *conciencia*, pues «esto es para mí un *caso de conciencia*» significa precisamente: «esto lo considero sagrado».

Para los niños pequeños, al igual que para los animales, no existe nada sagrado, puesto que para dar más espacio a esta idea se tiene que haber desarrollado lo suficiente la razón como para hacer distinciones, por ejemplo, entre «bueno y malo, justo e injusto», etc. Sólo con ese grado de reflexión o entendimiento —el verdadero punto de vista de la religión— la «veneración artificial» (esto es, surgida del pensamiento), el «sagrado temor», puede ocupar el lugar del *temor* natural. Para ello se necesita que uno considere algo fuera de él como más

cientemente buenos para una buena parte del mundo. Así y todo, el engaño, la hipocresía, la mentira parecen peores de lo que son. ¿Quién no engañaría a la policía o infringiría la ley, quién no pondría cara de honrada lealtad ante un esbirro para ocultar una ilegalidad cometida, etc.? Quien no lo ha hecho, se habrá tenido que forzar: es un *debilucho por la conciencia*. Sé que mi libertad se ve coartada al no poder imponer mi voluntad a otro (ya sea éste tan impotente como una piedra o tan poderoso como un gobierno, un individuo, etc.); niego mi particularidad cuando, en consideración a otro, renuncio a mí mismo, esto es, transijo, cedo, me entrego, esto es, *resignación, sumisión*. Pues es algo muy distinto renunciar a mi anterior comportamiento porque no conduce a la meta, es decir, desviarme de un camino equivocado, a entregarme preso. Eludo una roca en el camino hasta tener la suficiente dinamita para volarla; eludo la ley de un pueblo hasta que he reunido la fuerza suficiente para eliminarla. ¿Acaso por el mero hecho de no poder tocar la Luna debo considerarla sagrada, una Astarté? ¡Si pudiera tocarte, en verdad que te tocaría, encontraría un medio para llegar hasta ti, no me asustarás! Tú, la incomprendible, sólo me seguirás siendo incomprendible hasta que haya adquirido el poder de comprensión para llamarte *mía*; no renuncio a mí frente a ti, sino que me limito a esperar el momento oportuno. Por ahora me conformo y no me las veré contigo, ¡pero no me olvido de ti!

Eso es lo que han hecho desde siempre los hombres fuertes. Si los «sumisos» habían elevado y venerado como soberano a un poder invicto, y habían exigido la veneración de todos, aparecía un hijo de la naturaleza que no quería entregarse y expulsaba al poder venerado de su inexpugnable Olimpo. Gritaba «¡alto!» al sol en su curso y dejaba girar la tierra; los sumisos lo tenían que soportar. Hirió con su hacha los robles sagrados y

los «sumisos» se asombraron al ver que el fuego celestial no acababa con él; expulsó al Papa de la cátedra de Pedro y los «sumisos» no supieron impedirlo; derriba el régimen de la gracia divina y los «sumisos» graznan para, finalmente, hundirse, derrotados, en el silencio.

Mi libertad será perfecta cuando sea mi poder. A través de éste, sin embargo, dejo de ser alguien simplemente libre y me convierto en un propietario. ¿Por qué es la libertad de los pueblos una «expresión vacía»? ¿Porque los pueblos no tienen ningún poder! Con el aliento de mi yo viviente derribo pueblos de un soplo, ya sea el aliento de un Nerón, de un emperador chino o de un escritor pobre. ¿Por qué suspiran las cámaras alemanas por la libertad y son adoctrinadas por los ministros? ¿Porque no son «poderosas»! El poder es una gran cosa y sirve para muchas cosas, pues «se llega más lejos con un puñado de poder que con un saco de derechos». ¿Anheláis la libertad? ¡Necios! Tomad su poder y la libertad vendrá por sí misma. Ved quien tiene el poder, él «está por encima de la ley». ¿A qué os sabe esa perspectiva, gente «legal»? ¡Pero si carecéis por completo de gusto!

Alrededor retumba el clamor por la «libertad». No obstante, ¿se sabe y se siente lo que significa una libertad regalada u otorgada? No se reconoce en el pleno sentido de la palabra que toda libertad, en esencia, es autoliberación, esto es, que sólo puedo tener tanta libertad como pueda conseguir mediante mi particularidad. ¿De qué le sirve a la oveja que nadie le coarte la libertad de palabra? No puede más que balar. Dadle a uno que sea en su interior mahometano, judío o cristiano, el permiso de decir lo que quiera, sólo emitirá una obtusa palabrería. Si, en cambio, hay otros que os roban la libertad de palabra y de escuchar, entienden perfectamente su ventaja temporal, ya que vosotros quizá pudierais decir o

Seu de luntres  
 -215- ¿Què l'he importa  
 a ovelha que non haja  
 liberdade de expressoem?

JOHANN CASPAR SCHMIDT, cuyo pseudónimo, MAX STIRNER, hace alusión a su amplia frente, nació en 1806 en la ciudad alemana de Bayreuth. Estudió filología, filosofía y teología en Königsberg, Erlangen y Berlín sin una meta determinada. Sus estudios fueron irregulares y con numerosas interrupciones. En 1837 Stirner se unió al club de jóvenes hegelianos conocido como «Los libres», que se reunía en Berlín, una tertulia filosófica y política donde trabó relación con Engels y Bruno Bauer. Aparte de esta asociación, Stirner llevó una vida retirada y silenciosa, sin apenas amigos ni relaciones sociales. En 1844 publicó su obra más conocida, *El único y su propiedad*, y en 1852 la primera parte de *Historia de la reacción*, obra que quedaría incompleta a su muerte, en 1856.

*El único y su propiedad* sienta las bases del anarquismo individualista y es precursora del pensamiento nietzscheano. Para Stirner el individuo debe ser el único ser supremo, liberado del yugo de Dios y de su reflejo en los humanismos. Este individuo autoliberado es el Egoísta, el Único —que más tarde daría lugar al Superhombre nietzscheano—, y sólo asumiendo sin hipocresías ese egoísmo esencial, el hombre puede llegar a ser feliz. Stirner distingue entre el concepto de sociedad, asociación forzosa y represiva de seres alienados controlada por el Estado, y el de libre asociación de individuos soberanos con fines mutuamente egoístas. «Nada prevalece sobre mí», sentencia sin concesiones. Esta obra, que no ha perdido un ápice de actualidad, según Habermas el producto de la rigurosidad de un monomaniaco, ha ejercido una profunda influencia en varias corrientes de pensamiento, que abarcan desde el anarquismo hasta el liberalismo capitalista.

valdemar / letras clásicas

ISBN 84-7702-488-X



9 788477 024880